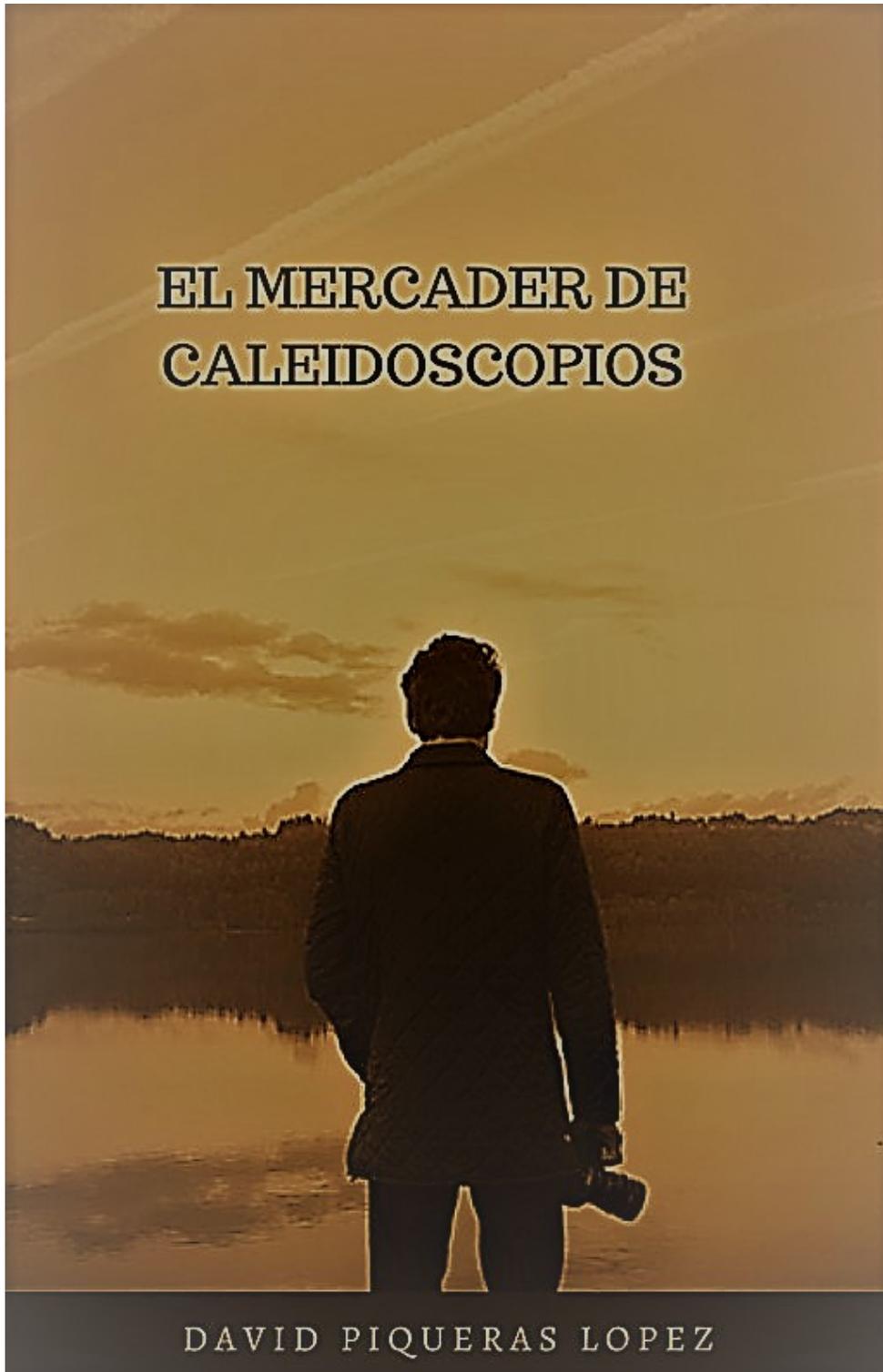


EL MERCADER DE CALEIDOSCOPIOS

David Piqueras López



Capítulo 1

CAP. 1 VERONA, MI CIUDAD.

capitulo 1 **Verona, mi ciudad**

Ciudad de Verona, 25 de abril de 1945. Se escuchan rumores del final de la guerra.

Gugi, el librero, corría velozmente por la Via Marconi con su bicicleta plegable. Él siempre decía que se la compró a un partigiano antes de que fuera fusilado, y a este a su vez, se la había regalado un paracaidista aliado en una misión secreta. Una BSA británica de menos de veintitrés libras de peso, capaz de soportar el impacto de la caída con el paracaidista. Posiblemente procedente del desembarco de Normandía o el de Arnhem.

Eran las cuatro de la tarde, después de haber almorzado en su casa se disponía a terminar el turno de ese día en su habitual trabajo, en las dependencias de los Mastroiani. Una librería de gran exquisitez literaria y a su vez también un poco extraña y sombría.

Dicho establecimiento se encontraba en el bonito casco histórico de la ciudad de Verona.

La tienda estaba bastante mermada últimamente en adquisiciones por causa de la guerra. Aunque, supieron irse sobreponiendo a la situación dado el hincapié de esta familia en encontrar buena literatura.

Tenían algunos libros considerados auténticas reliquias que no pasaban inadvertidas ni por los alemanes.

El joven, era portador de "buenas noticias". Se daba prisa por contárselas a sus jefes, que más que sus superiores eran su familia ya que de pequeño fue acogido por los Mastroiani, una familia de clase media-alta procedente de Milán. Hacía seis años que se habían instalado en dicha ciudad, y en donde le enseñaron el noble oficio de librero de antigüedades.

La guerra estaba a punto de acabar. Corrían grandes rumores de desembarco de muchos aliados, y del replegamiento de las tropas nazis.

Noticias que Gugi recogió en su receptor de radio de casa, que tenía guardado con mucho sigilo. Al estar prohibida la libertad de comunicación en la zona y la suspensión de los periódicos locales como el Arena o el Verona Fedele, esa pequeña radio era su único punto de encuentro con el

exterior; con Europa.

La ciudad de Verona sufrió lo indecible en esta cruel guerra, dada su posición estratégica. Estaba abierta al norte de Europa y a la vez tenía buena comunicación con el mar mediterráneo, lo que ocasionó la invasión por los alemanes a principio de la guerra. La ciudad era un buen centro estratégico para sus operaciones militares.

En algunos lados de la Vía Marconi mientras Gugi la recorría de un modo desenfadado podía verse ruinas de los numerosos bombardeos por parte de los aliados, que sufrieron los veroneses. Los americanos e ingleses no solo bombardearon Verona por la presencia militar alemana, sino también porque habían ministerios de la Republica social italiana de Mussolini.

Esa tarde era muy primaveral, con un tímido sol que presagiaba el fin de algunos acontecimientos. O quizás esa era la sensación que tenía Gugi, que con una tremenda sonrisa de oreja a oreja no descartó el piropo a dos jovencitas que estaban sentadas en un portal cuando giró por la vía Valverde.

No lo podía evitar, era parte de su encanto. Las jovencitas se reían y con las manos le decían "adiós". El no paraba de sonreír.

Verona sufrió el establecimiento como cuartel general de Himmler, el brigadefürer Wilhelm Harster, de la SS, comandante de todas las fuerzas policiales de Alemania en Italia.

También se estableció Theodor Dannecker, capitán de la S.S en su persecución a los hebreos italianos. En dicha ciudad más de 500 partigianos fueron fusilados por los tribunales de la ciudad, aparte de la presencia de la Wehrmacht y la luftwaffe en la zona.

Cuando llegó al Corso de la porta nuova, tuvo que desacelerar ya que vio algunos alemanes que en sus vehículos cargaban los últimos enseres. No quiso llamar la atención, por lo que cruzó el corso con mucha cautela. Cuando los perdió de vista empezó a acelerar y como no, también a despotricar de ellos.

Un tremendo cansancio y ansiedad había invadido los corazones de los veroneses. Anímicamente estaban medio derruidos, como también parte de los monumentos de esta famosa ciudad. Una ciudad donde había situaciones muy precarias, como la falta de alimentos y de asistencia médica. La mayoría de los hospitales habían sido ocupados por las fuerzas alemanas.

Cuando llegó a la Via dello Zapattorere, a los veinte metros llegó a las dependencias y negocio donde trabajaba. Nada más bajarse de la bicicleta

cuando entró en la tienda se quedó estupefacto, dada la situación que presenció en esos momentos.

Cuatro soldados alemanes tenían acorralados a sus jefes, los Sres. Mastroiani, apuntándolos con sus armas. Gugi no se lo podía creer, le parecía irreal la situación, rápidamente exclamó:

—¿Qué quieren? Ya está acabando la guerra, déjennos en paz.

—Permítame decirle joven que la guerra nunca se acabará, de una forma o de otra siempre estaremos en guerra —le sugirió un oficial alemán apuntándole con una pistola, y le dijo — Póngase con los Mastroiani, todos bien juntitos...

Gugi se dio cuenta de que no estaban los pequeños, los hijos de sus jefes por lo que en cierta forma respiró un poco aliviado. Y con las manos en la cabeza se acercó al matrimonio que estaba detrás del aparador, también con las manos levantadas.

La tienda, era un local bastante acogedor pero con escasez de mercancía; se podía contar con los dedos de las manos la cantidad de libros que había en dicho negocio.

El jefe de Gugi dijo a un oficial alemán vestido con el traje de la S.S:

—Permítame decirle que nosotros no tenemos nada referente a lo de viajar en el tiempo, es algo que solo sale en los libros de fantasía y su imaginación.

El oficial al mando del grupo tenía un porte bastante intelectual, con una imagen muy pulcra, aseada y un pelo super engominado que brillaba por sí mismo. Estaba ojeando un libro antiguo. Dejó de revisar el libro, levantó la mirada y comentó al respecto:

— Sr. Mastroiani, hemos seguido el paso de su familia a través del tiempo. Muchas horas invertidas en investigarles, esto se remonta a antes de la guerra. Ustedes saben del gran interés que tiene nuestro führer por las antigüedades y sus valiosos secretos. —concluyó.

El oficial alemán se sacó las lentes y con un pañuelo bien doblado y planchado procedió a limpiar los cristales, pero en un momento determinado paró de hacerlo y les dijo:

—Mire, hay una cosa que tenemos en común, y es que los dos pertenecemos a sociedades secretas de antiquísima tradición. La vuestra concretamente es de incalculable valor. Se remonta mucho más allá del renacimiento, mucho más allá del tiempo de los romanos. Una sociedad fundada por un tal Melderhim, un sabio cosmólogo y druida conocedor de

los atajos en el espacio tiempo. Posiblemente descendiente de los Tuatha de Danan, los primeros pobladores de Irlanda, venidos de otros planetas o como algunos dirían : hijo de la diosa dana. Les admiro, porque han sido fieles guardianes de esta sociedad. Y una de las cosas que más valoramos es la fidelidad a una idea o en este caso a una sociedad —concluyó.

Los Sres. Mastroiani e incluso Gugi no podía negar el asombro de tan determinados conocimientos que poseía el oficial sobre ellos, tanta sensibilidad cultural no pegaba en nada con las barbaridades que estaban cometiendo.

En ese momento, el oficial miro fijamente al matrimonio y comentó a todos los presentes — Pero, los tiempos cambian, y las necesidades del tercer reight exigen tener "El gran secreto" que tan celosamente han guardado. —

El oficial paró de hablar en ese momento y cogiendo el libro que dejó en la mesa del mostrador, lo puso en la estantería donde lo cogió. Se giró y dijo a los Sres. Mastroiani :

— Ya que son comerciantes de libros supongo que tendrán dotes de negociación, pues bien... nuestra oferta es la siguiente; sus vidas a cambio de la valiosa información que necesitamos.

El jefe de Gugi, el Sr. Mastroiani lo miró con cara de resignación, mientras con su mano izquierda apretaba con firmeza la de su esposa y dijo al respecto:

—Sí, permiten que mi ayudante coja las llaves del sótano que las tenemos en el pequeño armario del aparador de la entrada, procederemos a su petición.

El oficial miró a uno de sus soldados el cual con su metralleta la movió de lado a lado como queriendo decir que Gugi hiciera lo que le decían, por lo que el joven con mucho tacto se dirigió al escaparate y se dispuso a abrir el armario del aparador.

Gugi ya sabía lo que iba acontecer, el juramento de lealtad a dicha sociedad estaba por encima de sus vidas por lo que supo interpretar las palabras del Sr. Mastroiani.

El joven procedió abrir la puerta del pequeño armario empotrado en el escaparate, pero en su mente buscaba tentativas o alguna opción para solucionar el problema que tenían en ese momento con los alemanes.

Llegó tarde, ya que tanto el Sr. Mastroiani como su esposa se abalanzaron sobre los alemanes, los cuales dispararon sus fusiles sobre

ellos.

Los Sres. Mastroiani perecieron en el acto, pero abrazados a los alemanes con mucha entereza. Los soldados dispusieron muy rápidamente a quitárselos del medio para atender también a Gugi, el cual ya se había marchado de la tienda.

El oficial de la SS empezó a gritar desesperado y los tres soldados alemanes salieron corriendo a fuera de la tienda, disparando a Gugi, el cual empezó a correr con su bicicleta en zic zac para intentar esquivar las balas.

El oficial alemán dijo —corramos detrás de él, una sociedad de esta índole no se rompe así tan fácil. Seguro que él conoce el "gran secreto", no podemos dejar esta oportunidad que tenemos —concluyó.

Gugi se fue corriendo. En un principio no sabía dónde ir, aunque no podía contener las lágrimas que salían de sus mejillas. No daban tiempo a secarse. Se disipaban con el viento de cara. Fue testigo del sacrificio que hicieron sus benefactores para que la verdad del gran secreto que poseían no cayese en manos de los nazis.

Conocía y dominaba la bicicleta como nadie, sorteando todo tipo de obstáculos. Aprovechó la bajada de la vuelta para tomar una velocidad endiablada. En un cruce de una pequeña calle un vehículo alemán se paró y cuando los alemanes procedieron a dispararles, Gugi ya se había subido a toda velocidad sobre el capó del vehículo, atravesándolo por encima. Los alemanes se dirigieron al otro lado del vehículo pero Gugi no estaba allí.

Algunos grupos de soldados procedieron a buscarlo por la ciudad, pero no lo encontraban. Cosa que enfadaba mucho al oficial que ordenó su captura.

La mayoría de los soldados alemanes estaban minando los puentes de la ciudad, mientras el grupo de tres soldados dirigido por el oficial de la S.S seguían con la búsqueda del joven ciclista veronés.

El Ponte Aleardi era uno de los famosos de Verona. Un puente antiguo romano por donde pasaba el río Adigio. Esa tarde, disfrutaba de la compañía de un huésped que estaba en la parte de abajo, escondido.

Estaba pegado a la orilla, con medio cuerpo dentro del agua, lo que le permitía permanecer erguido con su inseparable bicicleta plegable. Tenía que pensar cual sería el siguiente plan.

Debia de ganar tiempo, ya que también sabía que era el replegamiento de los alemanes y que no podían esperar mucho, puesto que se abalanzarían sobre ellos los aliados.

Esperó como unas dos horas. Ya no escuchaba nada. Cuando cesó el ruido de los vehículos de transporte alemanes que marchaban. Y cuando solo el murmullo del agua acompañaba en esa tarde, decidió que ya era el momento de salir hacia afuera.

Ya empezaba a oscurecer, eran las siete y cuarto de la tarde. Gugi empezó a pedalear sobre la avenida, pero nada más girar en una calle escucho el silbato de los soldados alemanes que aún quedaban por la zona.

Gugi empezó a correr como alma en vilo. Su total dominio de la bicicleta le daba cierta ventaja sobre sus oponentes. Algunos chasquidos de bala rebotando en las paredes se escuchaban a su paso. Incluso, una de las balas reboto en el cuadro de la bicicleta propiciando un peculiar ruido.

Gugi pudo llegar a una zona de bajada con muchas escaleras. No era obstáculo para él. Algunos veroneses se ponían a los lados de la pared para que pudiera bajar Gugi, y a unos siete metros detrás soldados alemanes en motocicleta persiguiéndolo.

Giró por la siguiente calle y se encontró a un grupo de alemanes esperándole, parecía como si sabían la ruta que estaba trazando por lo que no dudaron en disparar. Gugi salto sobre una barandilla de piedra de unos cincuenta centímetros de ancho y comenzó a deslizarse por ella, con tal dominio que parecía que llevaba un patinete en vez de una bicicleta.

Llegó otra vez al lado del río y cuando empezó a cruzar el puente coincidió con la voladura de este por parte de los alemanes, ya que en su retirada y para frenar a los aliados decidieron volar todos los puentes sobre el río Adigio.

La total voladura del puente con su sonido de explosiones ensordecedoras perseguía a Gugi, el cual metro que avanzaba sabía que no era de vuelta. Piedra sobre piedra iban cayendo sobre el río. Cuando acabó de cruzar el puente giró bruscamente, y frenó en seco, y al mirar para atrás vio como todo el puente había desaparecido, bajo una humareda de escombros y un tremendo olor a dinamita que dominaba la

zona.

Su magnífico traje que siempre lucía con mucho estilo estaba totalmente destrozado por el agua del río Adigio y por todo el polvo que había ido recibiendo. A penas se le podía ver la cara a Gugi, pero tenía muy claro cuál era su siguiente movimiento en este entramado.

Gugi decidió ir a casa de sus jefes y recoger a sus hijos. Él era el único referente que había sobre ellos. Casi toda la familia de los Mastroiani estaba y residían en Milan.

Cuando llegó a las puertas de la casa; una linda casa con jardín. Vio que las puertas del jardín estaban abiertas, lo que le dio muy mal presagio. Por lo que cogió la bicicleta, la dejó en el suelo, y se dispuso a entrar por la puerta principal.

La puerta principal estaba abierta. Cuando entró por ella parecía que la normalidad de ese hogar estaba en óptimas condiciones. Pero, al pasar por la cocina se encontró el cadáver del anciano mayordomo que trabajaba en dicha casa. No se lo podía creer, del mayordomo había aprendido muchísimo. Era como su segundo padre. Gugi se sobresaltó, tal situación le dio muy mal presagio. Con mucha tristeza lo cogió y lo abrazó. Le dijo:

— Bye papà, ti manchi così tanto...—y se puso a llorar como un niño pequeño.

Fue al despacho del Sr. Mastroiani con el corazón compungido, y al entrar se dirigió a un cuadro que había puesto en la pared. Quitó el cuadro con mucho cuidado ya que según su jefe era "valiosísimo". Aunque él nunca había entendido que importancia tenía que hubiese pintado en el lienzo un viejo astrónomo vestido con una túnica antigua.

Al quitar el cuadro vio que había una caja fuerte, no dudó en poner la combinación que seguramente algún día le dio en confianza el Sr. Mastroiani.

Al abrir la caja fuerte, sacó de ella una bolsa de color rojo de napa, en cuyo interior había cuatro caleidoscopios artesanos tallados en madera. Los contó, estaban todos. Por lo que cerró la caja fuerte y puso el cuadro en su sitio.

Supuso que los niños estarían en la planta de arriba por lo que subió a buscarlos. Cuando abrió la puerta de donde dormían se los encontró sentados en la cama, muy serios. Lo miraban sin pestañear. Gugi cerró la puerta, se dio cuenta de que había sido demasiado tarde. Ya que estaban acompañados por el oficial de la SS y los tres alemanes que mataron a

los señores Mastroiani en la tienda.

Dijo el oficial:

— ¡Le felicito joven! Nos ha dado una lección de cómo montar en bicicleta, pero lamentablemente llegó tarde por estos pequeños.

— Gugi se desanimó, la adrenalina que llevaba le bajó a los zapatos. Se sentó en la cama con los niños, dos niños de unos diez años mellizos y una niña de 12. Permanecían muy callados, pero en sus ojos no podían disimular el miedo que pasaba por sus mentes.

— Si nos da el "gran secreto", os dejaremos en libertad. Cuando hablo de dejar lo digo de verdad ya que estamos dejando Verona.

Gugi abrió la bolsa de napa que tenía con mucha tranquilidad, ya que sabía que cualquier movimiento sospechoso alarmaría a los alemanes. Siendo consciente de que habien niños en la habitación.

Sacó un caleidoscopio y se lo enseñó al oficial con un porte muy serio. El oficial lo cogió extrañado y le dijo a Gugi — Esto es un caleidoscopio, si ya lo conozco, de pequeño jugaba mucho con uno que me regalaron. Pero, ¿esto que tiene que ver con lo que estamos hablando? —preguntó.

Gugi le contestó — Vd. sabe que el caleidoscopio forma figuras increíbles que no se van a volver a repetir ¿Verdad? En uno de los extremos contiene unos espejos y también en medio de estos espejos hay pequeños objetos de diferentes simetrías, por lo que al mirar este pequeño tubo por el otro lado todas estas imágenes se multiplican de una forma simétrica. — Si eso creo— Contestó el oficial.

— Si me permite, — Gugi le pidió con la mano el caleidoscopio y el oficial se lo dio.

— Si tiene un papel y una estilográfica, apuntará las coordenadas que voy a decirle. Todo esto pertenece a la física cuántica, cálculos parabólicos, dilatación del tiempo y mucho más. Yo no sé cómo se ha formado esto, pero si se interpretar. Este caleidoscopio forma coordenadas vectoriales que aplicadas por alguno de sus sabios científicos podrán descifrar los viajes en el tiempo y otras realidades paralelas —dijo Gugi.

El oficial estaba perplejo, sacó su pañuelo planchado y se secó la frente con él, ya que empezó a sudar debido a la emoción. Estaba a punto de acariciar el fruto de muchos años de investigación. Acto seguido sacó una pluma de su bolsillo y una pequeña libreta. Se dispuso a apuntar. No

podía evitar que le temblase el pulso.

Gugi mientras con una mano alzada miraba por el caleidoscopio con la otra abrazaba con fuerza y disimuló por detrás a los tres niños que permanecían inmóviles.

Y empezó a descifrar signos vectoriales que veía a través de dicho aparato. El oficial empezó apuntarlos en una libreta. Durante un minuto Gugi leía las coordenadas mirando por el caleidoscopio y el oficial apuntaba con sumo interés. Se notaba que el oficial había sido científico porque empezaba a quedarse ensimismado con lo que iba diciendo Gugi. Un par de veces se le escapó algunas exclamaciones, hasta que Gugi terminó de hablar y dijo — ¡avtio!

— ¿Avtio!? —Exclamó extrañado el oficial y comentó — eso significa adiós en griego.

En ese preciso momento, el caleidoscopio empezó a brillar con una luz cegadora y la habitación comenzó a temblar. Luego se produjo una explosión dentro de la habitación de una forma expansiva y tanto los soldados como el oficial fueron expulsados chocando con las paredes de la habitación, la cual quedó completamente destrozada. Como si un huracán hubiese entrado por la ventana.

Cuando el oficial maltrecho se levantó y alzó la mirada sobre la cama, Gugi y los niños habían desaparecido. Los soldados alemanes empezaron a levantarse y a mirar debajo de la cama, en el armario que cayó al suelo y en el pasillo distribuidor. Bajaron corriendo al jardín, pero allí no estaban.

El oficial se llevó las manos a la cabeza, y comentó al respecto:

— ¡Lo he tenido delante de mis narices! y no me he enterado... ¡Maldita sea!, era el caleidoscopio. Mientras me iba hablando iba formando otras coordenadas en el interior de ese instrumento. ¡Lo que me dio estaba incompleto! —terminó el oficial.

Dio un grito tremendo de rabia y le dio una fuerte patada a una casa de juguete de madera que había en la habitación de los niños. Se asomó a la ventana reflejando mucha ira en su rostro. Ese joven veronés le había tomado el pelo.

Capítulo 2

CAP. 2 LA FAMILIA DE MILAN.

Cuando llamaron desde Verona, el hermano del Sr. Mastroiani sufrió un tremendo abatimiento. Recibió la llamada de pie. Se tuvo que sentar y desabrocharse la corbata. Tuvo que ser atendido por su esposa, ya que le anunciaron la tragedia de su familia en Verona.

No se lo podía creer, su hermano mayor y su esposa ya no estaban. Y los hijos, desaparecidos.

Él ya se lo había advertido a su hermano, que dicha ciudad era un polvorín y el hecho de estar al lado de los alemanes no le traería nada bueno en muchos aspectos. Pero su hermano era mucho más aventurero que él y dado su status económico bastante cómodo le permitió poder haber estado algunos años viviendo en Verona casi de las rentas. El negocio de la librería no daba para tanto, o quizás era una tapadera para algo más sublime.

Él siempre había sospechado que su hermano algo tenía que ver con la masonería, o con alguna orden secreta. Podía vivir en muy buenas condiciones. Incluso en la guerra que puso patas arriba a Italia.

Tuvo que viajar a Verona para poder atender todas las diligencias que provocó la muerte de su familia.

Poco a poco, Verona intentaba recuperar su normalidad mermada por los años de guerra. Se iniciaron la reconstrucción de todos los puentes que volaron los alemanes, y fueron borrando todos los vestigios que quedaron de los nazis por dichos contornos. Así como la recuperación de antiguos monumentos y fortines de dicha ciudad.

Empezó la ciudad a recuperar su carácter aristocrático y su sello romántico e histórico.

La policía de Verona no sabía explicar la desaparición de los tres hijos de los Sres. Mastroiani, así como de su joven empleado. Todo apuntaba a que se los llevaron los alemanes, lo cual quedaba como una pesquisa o una suposición puesto que tampoco se podía demostrar nada. Miraron por los campos de exterminio todos los listados, pero no aparecían ellos para nada.

El Sr. Enzo Mastroiani, el hermano, puso a la venta la residencia de su familia y alquiló la tienda. Compró los nichos oportunos para oficializar de

alguna forma, aunque fuera simplemente afectivo el entierro de su hermano y esposa.

La bicicleta de Gugi fue subastada comprándola el hijo del partigiano que se la vendió. Muchos de los cuadros y mobiliario de la residencia fueron vendidos al mejor postor. La caja fuerte tuvo que abrirla un cerrajero con mucho empeño, ya que nadie sabía la combinación, pero quedaron atónitos cuando contemplaron que no había nada en el interior.

Durante 10 años estuvieron buscando desesperadamente el paradero de los tres hijos y del joven empleado, aunque no recibieron ni la más mínima señal de donde podían estar.

Llegaron los años del crecimiento económico, la normalidad y rutina de cada día lo que hizo que se normalizara la situación. Incluso se pararon las investigaciones y la búsqueda de dichos niños, quedando en el sumario general de desaparecidos de la Segunda Guerra mundial.

Mientras, Italia conoció el desarrollo económico de una forma notable y el despertar a una forma más industrial y consumista, lo que hizo que muchos aspectos de la guerra quedaran a merced de los museos y de los memoriales históricos y archivos.

La vida continuó avanzando en Italia. Pero la familia Mastroiani de Milán nunca pudo superar dicha tragedia, al menos el hermano, el Sr. Enzo, pero sí aprendieron a vivir con dicha situación. Como muchos hijos de la postguerra de aquel entonces.

